

POR NUESTROS MARES DEL SUR

Tierra de Brujos

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R.)
Armada de Chile

Hay quienes no disimulan una sonrisa cuando oyen hablar de brujos. Ruego a aquellas personas se impongan con detención de lo que expondré más adelante, y luego analicen los hechos calmadamente para juzgar a conciencia y decirme si tengo o no razón para creer en éstos.

Podría exclamar como el español aquel, "yo no creo en brujos; pero que brujos hay, los hay". Más ¿cómo puedo dudar de su existencia después de haber conocido la región de Chiloé hasta en sus más apartados rincones, hasta en sus más profundos misterios? Nadie que haya compartido un pedazo de su vida con esos hijos de las islas, navegantes intrépidos, supersticiosos incorregibles, conocedores de mil canales y fiordos, podrá dudar de los misterios que encierran esos mares, ese enjambre de islas y sus bosques casi vírgenes. Por otra parte, quien se haya jugado la vida cien veces desde la timonera de una de esas lanchas negras y toscas, allí, a escasos centímetros de las olas, mientras éstas arrasan con todo lo que encuentran a su paso —velas, vidas o arboladuras— tiene derecho a confiar que no se dudará de lo que asegura haber visto, haber experimentado, haber sufrido. Así lo espero.

El dudar de la existencia de los brujos en Chiloé, sería como desconocer la realidad del Caleuche o de la Viuda. ¿Cómo decir que el Caleuche no existe, si lo he perseguido más de una vez, procurando abordarlo; si he contemplado aterrado el espectáculo macabro de sus tripulantes espectrales danzando sobre la cubierta de ese barco de mástiles desnudos

de velas, desprendiendo mil luces rojas de los penoles de sus vergas eternamente amantilladas? ¿Acaso en cierta oportunidad no fue atacada, en Puerto Americano, mi noble escampavía "Yelcho", por la repelente Viuda, transformada en gigante cuervo? Que lo digan los tripulantes de la "María Cecilia", si es cierto o no que una noche, en punta "Las Brujas" del hermoso Puyuguapi, celebramos embelesados el maravilloso espectáculo que nos ofrecía la princesa Pincoya, —descendiente directa de la serpiente Cai-Cai—, danzando desnuda sobre las rocas bañadas por la luna...

Pero... vamos por parte.

La brujería es algo conocido desde principios del mundo. No hace mucho tiempo, en una importante ciudad del viejo continente, se reunieron en mesa redonda un centenar de adictos al brujerismo, llegados de diversas partes del mundo. Y cualquier aficionado a la buena lectura habrá gozado con cuanto se ha escrito relacionado con los brujos. En lo que a nosotros concierne, todos hemos escuchado desde niños espeluznantes narraciones sobre aparecidos, historietas de entierros, innegables casos de maleficios; todos conocemos desde que tuvimos uso de razón, a esa vieja desdentada y sarmantosa que se nos presenta volando sobre una escoba. La "Calchona" y la "Zorra blanca", en nuestros campos, no son sino una variación de estos curiosos personajes: los brujos.

En la región de Chiloé forman una interesante cofradía; están organizados desde hace siglos. Es una secta muchísimo más antigua que otras de índole diferente existentes en todas partes del mundo. Podría pensarse que éstas han copiado de los brujos sus principios, sus normas y muchos de sus ritos. Pero hay algo en que no los aventajarán jamás: el secreto. Para nadie son un misterio hoy en día los principios y finalidades de ciertas hermandades, muy respetables y serias, desde luego, cuyos ritos y costumbres son del dominio público. Sus dirigentes no ocultan títulos, grados o poderes. En las islas australes, donde para nadie es un misterio la existencia de brujos, nadie podrá indicar con certeza, señalar con el dedo, a quien pertenezca a dicha cofradía, aún en los poblados más pequeños en donde todos se conocen.

La configuración geográfica del archipiélago, los bosques casi impenetrables, sus noches negras, intensamente negras; las sombras inacabables y terriblemente lúgubres; las pocas horas de sol durante los doce meses del año; el rugido permanente del viento huracanado; el quejido de las olas que golpean incesantes desde los cuatro puntos cardinales; el aullido penetrante y lóbrego de los lobos marinos, el negro vuelo de los cuervos que cruzan infatigables de peñasco en peñasco; la gran vida, en fin, que todo parece rodear, hacen de esta parte de nuestro continente, un lugar propicio a la existencia de estos seres que nos preocupan.

Al decir de algunos, la directiva máxima —la "Mayoría", según título principal dentro del brujerismo— estaría en Quicaví, pequeña caleta poco al sur de Ancud. Hay quienes creen, sin embargo, que dicha directiva estaría alrededor de islotes Desertores, o quizá en Islas Lagartijas. Lo cierto es que las localidades de Quicaví, Apiao, Quenac, Huenao, Guar, Islas Tabón y muchas otras son famosas en este sentido.

En cierta isla, ubicada a pocas millas de Puerto Montt, se dice que es fácil observar el vuelo de los brujos, a tal extremo que, en épocas de verano, muchos han sido los turistas que han pasado noches en esta localidad en espera de sorprenderlos en pleno vuelo. Y las autoridades locales no desperdician la oportunidad para explotar esta veta.

Muchos piensan que este arte se transmite de padres a hijos. Personalmente, tras muchos estudios, he llegado a la conclusión que los miembros de la cofradía están vigilantes para determinar quienes tienen facultades innatas para este oficio. El "Presidente", que es la autoridad máxima, propone a quienes están capacitados para iniciarse; generalmente se les selecciona desde niños.

Como en algunas o casi todas las sectas modernas, quienes ingresan deben someterse a ciertos ritos y aprendizajes que luego les permitirán ascender en el escalafón respectivo.

Las indagaciones que he realizado, me facultarían para exponer paso a paso en qué consiste este aprendizaje; mas prefiero omitirlo, pensando que mis amables lectores duden cruelmente de mis pala-

bras. No obstante, indicaré someramente algunos aspectos que creo interesantes. El Presidente jamás se deja ver; sus órdenes se cumplen sin discusión y son impartidas verbalmente, nunca por escrito, salvo en raras oportunidades en que esto se hace en signos cabalísticos que sólo comprenden los "brujos mayores". El aprendizaje se concentra en el dominio de cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire. Luego los iniciados deben familiarizarse con materias tan importantes como celebrar pactos con el "demonio", hacerse invisibles, transformarse en animal o ave maligna; el saber hacer "el mal", el curar enfermos y, como algo indispensable, el saber volar. Deben conocer también las "contras", que son aquellos procedimientos que utilizan los "no brujos", para descubrirlos y destruirlos.

El volar requiere cierta preparación, principalmente el proveerse del "mancuñ", especie de chaleco confeccionado de piel humana. Con grasa de igual procedencia se prepara una mezcla con la cual se alimenta la llama que el brujo lleva permanentemente encendida, prendida a un pie, durante el vuelo. Extraño parece que la historia de la aviación mundial no haya considerado a los brujos de Chiloé como precursores del vuelo humano: hace muchos siglos que en esa región el hombre domina el espacio en forma tan simple y singular.

En el aprendizaje de "hacer el mal", hay algo interesante que no deseo omitir. En efecto, el "latué", rara especie de arbusto que se encuentra principalmente en la cordillera del Sarao, en las costas de San Juan o de Río Blanco, proporciona a los brujos un espléndido elemento para ocasionar "el mal". Es un arbusto viviente que produce flores rosadas y blancas; con las primeras, se preparan infusiones que se utilizan en beneficio propio; con las segundas y también con la corteza del árbol, se obtienen preparados destinados al "mal".

No creo que exista en parte alguna de nuestro territorio, y aun en el continente americano, un árbol tan original como el "latué". En estado virgen, es decir cuando no ha sido visto por otros seres humanos, se retuerce ante la presencia del brujo, baila, se agita y luego muere. Sólo

he conocido en cierto rincón africano, una especie semejante: el "árbol de las lágrimas", que llora copiosamente ante la presencia del hombre. La "contra", para los males del latué, es principalmente el ajo. También lo es la "yerba mora", que abunda en las islas.

Cierto día zarpábamos de Lechagua, pequeña caleta ubicada en las cercanías de Ancud, con la pequeña "María Cecilia" cargada de maderas regionales. Cuatro mil pulgadas estibadas en el vientre y sobre cubierta de la frágil embarcación, era excesivo cargamento para sus dieciséis metros de eslora; apenas si le dejaban sobresalir noventa centímetros de la superficie del mar. Pesadamente se deslizaba sobre las correntosas aguas del Chacao, con su enorme vela al viento y su jadeante y pequeño motor bencinero, dando adelante quejumbrosamente.

Largo sería describir las dificultades encontradas durante la navegación. Bástenos consignar que fuimos sorprendidos por uno de los mayores temporales de ese invierno; que habiendo fallado el motor, tuvimos que seguir sólo con la cangreja al viento, que luego cedería también ante los elementos confabulados; que con los débiles focos al viento, después de ocho angustiosas horas, logramos tomar un fondeadero de emergencia.

El viento norte huracanado la arranca de su fondeadero. Ya nada la detendrá en su carrera mortal hacia el Corcovado. El viento y la mar tempestuosa, cumplen parte de su cometido: se llevan el bote salvavidas desde sus calzos; arrastran el cargamento de una a otra banda; destruyen las velas y dejan semihundida a la inocente goleta. Sus cuatro tripulantes trabajan como leones y logran salvar la nave arrojando parte de su cargamento al mar.

De amanecida, logramos situarnos a unas cincuenta millas al sur. Quedaba poca gasolina y los víveres habían desaparecido bajo las aguas. Debimos luchar todavía cincuenta horas reparando velas en medio de la furia de las olas, hasta que fueron capaces de cumplir su cometido. Un faro alumbraba allá a lo lejos: quince horas después, dormiríamos bajo sus destellos protectores.

Con la luz del día, dimos vuelta una punta y nos adentramos en una pequeñísima caleta de mariscadores. Las humildes y cariñosas gentes acudieron de inmediato en nuestro auxilio, nos llevaron a tierra y nos brindaron una taza de café caliente y todo lo que pudieran ofrecernos en nuestra calidad de cuasi-náufragos.

Pero este caserío no era ni el más importante del grupo de islas que nos rodeaban, ni el más apropiado para soporiar el mal tiempo que podría caer sobre nosotros durante la tarde. Se nos advirtió que deberíamos cambiar fondeadero, indicándonos como el mejor, una caleta distante unas dos millas más al este, en donde se alcanzaba a divisar la torre de una iglesia. Se nos advirtió, sí, que allí no encontraríamos gran ayuda, porque sus habitantes eran poco amistosos y, además, que se creía que allí había instalado un centro brujeril, tal vez perteneciente a la cofradía zonal.

Nos rodeaba un grupo de cinco o seis islas que formaban un semicírculo, separadas entre sí por pequeños canales durante las horas de pleamar; en la bajamar, todas estas islas quedaban unidas por lenguas arenosas a través de las cuales se podían comunicar los habitantes entre uno y otro paraje.

La noticia que se nos proporcionara en el sentido de que probablemente encontraríamos en esa caleta un centro brujeril, nos interesó sobremanera. Me propuse de inmediato —olvidando las angustias pasadas— dedicarme a una prolija investigación. ¡No era cosa de perder esta oportunidad, así estuvieramos pasados de frío y muertos de hambre. . . !

Como no teníamos bote para movilizarnos a tierra, decidí tomar fondeadero en tal situación que, en las horas de bajamar, varáramos en una de las lenguas arenosas que en tales circunstancias unían entre sí las pequeñas islas. Así lo hicimos. Era día jueves, por otra parte, de modo que a medianoche, según el decir de los brujos, estaríamos en circunstancias favorables para observar algo si realmente nos encontrábamos ante un centro de esa hermandad. Fondeamos pues, con la alta marea de mediodía, entre dos islas en forma que en la bajamar de medianoche, obligadamente quedaríamos varados

y por lo tanto en condiciones de poder saltar a tierra.

Esa misma noche fuimos testigos de un hecho curioso. Reinaba la más completa oscuridad; era una noche escalofriante. Me encontraba en cubierta con mi piloto, el incomparable Facundo Barrientos, chilote, conocedor a fondo de todos los misterios de esas islas —aunque al parecer no era brujo, pues siempre estaba listo para aplicar las "contras" cada vez que nos encontrábamos en apuros—, cuando, de repente, divisamos a proa, a no más de cincuenta metros de distancia, una columna de figuras negras que se movilizaban silenciosamente en fila india; eran como pequeños fantasmas misteriosos. Ante el espectáculo, no sin cierto temor, invité a tierra a Facundo, para ir a indagar los hechos. Así lo hicimos. Al poco rato, el misterio estaba aclarado: ese día había muerto una anciana en una de las islas; los fantasmas eran humildes habitantes de las islas vecinas que acudían al velorio, quienes, lógicamente, para poder trasladarse habían esperado la bajamar de medianoche. Al día siguiente, a mediodía, harían el recorrido inverso llevando el cadáver al cementerio, ubicado junto a la iglesia local.

Debo confesar que estábamos con nuestra imaginación predispuesta: todo nos parecía extraño, lleno de misterio. Vimos volar muchos pájaros negros de una a otra isla, y numerosas luces cruzaban el espacio sobre nuestras cabezas.

Al día siguiente —viernes—, apenas la marea nos permitió, saltamos a tierra interesados en obtener algunas informaciones en el caserío local. Tuvimos suerte: a poco de caminar, dimos con un pariente de Facundo —los Barrientos se multiplican en Chiloé por millares— quien fue nuestro más entusiasta cicerone.

No podría decir con certeza si este hombre era o no brujo, secreto difícil de aclarar, según he expresado; sin embargo, era conocedor profundo de la materia. Alguien me dijo después que se le creía "artillero", cargo importantísimo en la cofradía: es el destinado a lanzar el "mal" a la familia o al que se le ordene; jamás equivoca el disparo. El hecho es que, por tratarse de un pariente que an-

daba a bordo, nos ayudó decididamente desde el primer instante.

En la noche, con la baja, nos hicimos presentes en tierra una vez más. Visitamos una cueva de los alrededores, pero no sorprendimos nada especial, lo que más tarde he creído podría atribuirse a los grandes conocimientos de Facundo, que lo hacían una especie de "contra" permanente. Ni siquiera encontramos al "Imbunche", ese vigilante que camina en un pie, llevando el otro doblado a la espalda (se supone que el "Imbunche" corresponde a un niño que ha sido sorprendido solo en los bosques y a quien los brujos han deformado: tiene la cabeza vuelta hacia atrás, orejas y boca de cabro; su voz de alarma es un bramido). Observamos, como la noche anterior, muchos pájaros negros volando sobre nuestra embarcación.

Un día después, ya repuestas nuestras velas, decidí seguir viaje. Temprano se presentó a bordo el pariente de mi piloto. Al imponerse que pensaba dar la vuelta a los islotes para tomar rumbo a Puerto Montt, me insinuó que lo hiciera atravesando una de los canales durante la pleamar. En verdad, la carta en tales circunstancias indicaba agua suficiente para el calado de nuestra goleta, por lo cual consideré oportuno aceptar la insinuación. Además, allí estaba el Barrientos local para sacarnos de apuro llegado el caso. Iniciamos la travesía. Era un canal correntoso, pero que no ofrecía peligro.

Hasta hoy, después de quince años, no podría asegurar si fue una simple coincidencia a una jugarreta brujeril: encontrándonos en medio de la travesía, la embarcación detuvo su avance, quedó estática, sin avanzar ni retroceder. El motor daba fuertemente adelante y sin embargo, la demarcación no variaba; dos o tres sondas que se tomaron, indicaban suficiente agua para seguir a flote. La rosa de nuestro pequeño compás comenzó a girar violentamente, lo que hube de atribuir a influencias magnéticas extrañas. Los minutos pasaban angustiosamente y no avanzábamos. La marea en su carrera descendente, nos hizo varar. Con la pleamar de la noche, logramos seguir viaje sin mayores contratiempos. Demás estará decir que centenares de cuervos

cruzaban de uno a otro lado por sobre nuestra embarcación y hasta puedo asegurar que más de un brujo voló sobre nuestra caseta de mando, iluminándonos con su luz prendida sobre un pie. La sal sobre brasas ardientes nos salvó una vez más.

Una noche, ya en Puerto Montt, comenté lo sucedido con mi amigo, el buen amigo y capitán del "Trinidad"... , para quien, como experimentado navegante en la región, la cosa no ofrecía novedad alguna.

—Años atrás —me decía— me ocurrió algo semejante en el canal Quicaví. Una noche, mi buque se detuvo como en una línea infranqueable. La máquina daba adelante con toda fuerza, desarrollando unas ocho a diez millas; el track en que navegábamos acusaba unas treinta a treinta y cuatro brazas y... no avanzábamos ni retrocedíamos. Numerosas aves negras volaban de roca en roca como asustadas; algunas luces como luciérnagas inmensas invadían el cielo y pasaban sobre el puente de mando. Me di cuenta inmediatamente que se trataba de una jugarreta brujeril. Llamé al piloto de guardia, un joven oficial egresado un año antes de la Escuela Naval y le ordené arrojar unos puñados de sal sobre un brasero que manteníamos en el puente para calefaccionarnos. Como respuesta a mi orden, sólo obtuve una burlesca sonrisa del novel oficial. Felizmente, en esos momentos llegaba al puente el "laiter", a quien repetí la orden. Este hombre, como chilote experimentado, cumplió de inmediato lo dispuesto. Mientras la sal chirriaba, los pájaros suspendieron el vuelo, las luces —sin duda brujos locales— desaparecieron. La nave siguió adelante sin tropiezos.

De más estará agregar —continuaba— que el hecho constituyó una espléndida lección práctica para el joven oficial, quien, desde esa noche, tomó muy en serio los fenómenos regionales; se dio cuenta que para ser buen canalero en Chiloé, antes que saber de radares, de ecosondas y de tanto instrumento moderno, es necesario conocer algo acerca de los brujos, creer en la existencia del Caleuche, estar preparado para defenderse de la Viuda o de la Voladora; conocer

al Trauco y al Imbunche, porque estos acostumbran burlarse cruelmente de los hombres de mar.

Y cuando en las noches de un puerto chilote escuchamos el lúgubre eco del

"coo", no olvidemos que son los brujos que se llaman a un "aquelarre", lancemos sal sobre las brasas, o coreemos con nuestros compañeros: ¡Dios nos salve, María santísima!

